

“Porque te quiero te aporrio”

MARLYN AHUMADA YANET

Medellín fue escenario del Congreso Nacional de la Sociedad de Agricultores de Colombia; y quizás ninguna expresión refleje mejor la sensación que se percibió en el concurrido ambiente paísa como la de que los voceros gubernamentales asistieron al evento a decirles a los agricultores, como cualquier novio machista: “Porque te quiero te aporrio”.

El presidente de la República, en el discurso de instalación, no escatimó palabras para relevar la importancia que para la economía colombiana tiene el sector agropecuario, al tiempo que recordaba el proceso de desgravación arancelaria con el propósito de colocar a la producción nacional en mayor contacto con las condiciones y tendencias de los mercados internacionales.

“Esta situación”, afirmó el jefe del Estado, “deberá llevar a que los productores colombianos mejoren sus niveles relativos de competitividad frente a otros países donde no se otorgan subsidios a la producción agrícola”.

No se listaron esos países no proteccionistas. Pero lo cierto es que entre ellos no figuran ni los Estados Unidos, ni los europeos, conocidos por sus multimillonarios subsidios a sus agricultores (en 1990 los gobiernos de estos países les transfirieron más de US\$200.000 millones).

El gobierno dice que las franjas de precios harán el trabajo contra las prácticas desleales; pero lo cierto es que, haciendo eco a la advertencia que sobre el particular expusiera el exministro Gabriel Rosas, “los precios de los productos agrícolas no se pueden atar a los precios internacionales porque estos últimos no reflejan la realidad de las cosas”.

La retórica da para todo. Inclusive para asegurar, como lo hiciera César Gaviria, que “si se comparan los diferentes sectores de la economía, no existe duda que es en

el sector agropecuario donde existen las mayores y mejores perspectivas de progreso y de bienestar”.

Como quien dice, hay que invertir en el campo, pues allí está el futuro del país. La pregunta es si entre los empresarios no agrícolas existirá siquiera uno que acepte como cierto este pomposo atractivo que dibuja el mandatario de los colombianos, en contravía de lo que ocurre en el ámbito mundial, donde cada día ese sector pierde importancia como generador del producto.

La pérdida de fe en el campo no está asociada sólo a su deterioro natural frente a los grandes saltos de las actividades urbanas; además tiene que ver con la inacabada ola de violencia que espanta a los campesinos y con la escasez de recursos de infraestructura que permitan almacenar, transportar y comercializar eficientemente los productos agropecuarios.

En nuestro país la pérdida de fe en el campo no está asociada sólo a su deterioro natural frente a los grandes saltos de las actividades urbanas; además tiene que ver con la inacabada ola de violencia que espanta a los campesinos y con la escasez de recursos de infraestructura que permitan almacenar, transportar y comercializar eficientemente los productos agropecuarios.

Confusión de señales

A tal punto llega la mentalidad urbana del presidente de los colombianos que, para justificar la aceleración reciente de la

apertura, trajo a cuento un símil recogido de un profesor de Harvard quien dijera: “La apertura es como cambiarle el sentido al tránsito de una ciudad, pasando de manejar por el carril izquierdo al carril derecho...qué pasaría si la decisión del cambio de sentido en el tráfico se tomara gradualmente?, por ejemplo empezando por los camiones para terminar en los autos pequeños. Una colisión de similares proporciones -por la inmensa confusión de las señales- ocurrirá si se hace lo mismo con la economía”.

Será que, de la misma manera que se decidió acelerar la apertura se piensa aumentar la inversión pública en el agro? recuérdese que de ser aproximadamente el 15% del total hace 20 años hoy apenas llega al 2.5%. Las calles por las que circula el tránsito de las ciudades ya están hechas, y los conductores no tienen que invertir un solo peso para que, por ejemplo, se logre mejorar el uso del espacio urbano.

Pero si de lo que hablamos es de la apertura agropecuaria, valdría la pena rogarle al presidente Gaviria que explicara cómo funciona el símil si se tiene en cuenta que los agricultores apenas tendrían para invertir en la siguiente cosecha y no hay milagro capaz de volver eficientes, de la noche a la mañana, los

sistemas de riego, almacenamiento, transporte y comercialización.

En otras palabras, el gobierno acaba de cambiar el sentido del tráfico agropecuario, pero por mucho tiempo el semáforo estará en verde para los subsidiados productores extranjeros; muchos nacionales, cansados y golpeados por lo que representa esperar sin esperanza frente a un semáforo en rojo, tendrán que desaparecer y con ellos la cacareada seguridad alimentaria que ordenara la Constitución Nacional de 1991.

(Tomado de : El Espectador, dic.1/91)